PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO—URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Enero de 1921. Núm. XXXI.—Año V.

FLORENCIO SÁNCHEZ

El pueblo ha vuelto a congregarse en el puerto y en la plaza pública, para recibir y acompañar los restos mortales de este otro héroe nacional, como Rodó muerto también en lejanas tierras trasoceánicas, y también reintegrado, como Rodó, a la fronda nativa.

Pasó el cortejo emocionado, cayeron flores a su paso, sonaron las músicas clásicas y se abatió la bandera nacional para envolver el sarcófago de roble.

La muchedumbre desfiló más tarde, en el silencio de la noche, por ante el túmulo sagrado, — marfil y violeta, — que presidió en la augusta serenidad de su belleza Afrodita de Milos, símbolo eterno de la fuerte hermosura y de la noble dignidad.

Florencio estuvo, pues, bajo las bóvedas del teatro mayor de la república, veinticuatro horas de su eternidad, durmiendo su infinito sueño, entre la pompa severa de los hachones eléctricos y de las coronas de laurel.

Clamor de sirenas, deshojar de rosas, tumulto de muchedumbre, griegos discursos, lágrimas humildes, misteriosas músicas enormes; he ahí el homenaje nacional al héroe nuevo que en el catálogo venidero de nuestra literatura tiene la grandeza de Shakespeare en el escenario inglés.

... Después, ha seguido la columna el paso de la carroza que condujo la urna, y ya en las lindes de la tarde, los restos han quedado para siempre en el Cementerio Central, en la tierra propia que le esperaba con los brazos abiertos desde hacían diez años....

Los homenajes no han tenido grandiosidad ni elocuencia. Está bien que no hubieran doradas pompas oficiales ni suntuosos aparatos escénicos para quien una y otra cosa más fueran un agravio que una honra. Pero el pueblo, en cuyas manos se entregaron sus despojos, no ha sido como debió ser, innumerable, imponente, espontáneo, férvido.

Florencio Sánchez mereció el homenaje de ser llevado sobre los hombros, a cabeza descubierta, cantando el himno nacional, en un cortejo tan grande que llenara las calles de Montevideo....

No de otro modo se saluda, delante de la posteridad, el último pasaje de los héroes por entre los tumultos de los hombres ...

Notas humildes, gestos personales, pequeños detalles, son los que tenemos que fijar para la historia: — no grandiosidad de espectáculo ni magnificencia de apoteosis.

Es la mujer aquella, que surge de las filas del pueblo, serena, blanca, hermosa, y se empina al costado de la cureña para poner una rosa roja sobre el sarcófago; — es el pobre viejo, trémulo, de ropas descoloridas y manos pajizas, que se arrodilla delante del catafalco y comienza a rezar el rosario con unción mística; — es el canillita descalzo, desgreñado, rotoso, con un manojo de diarios bajo el brazo y la gorra en la mano, que encontramos a las dos de la mañana, — profundamente serio, — haciendo guardia de honor junto a los hachones tenues que rodeaban el túmulo....

Es el Presidente de la Nación, — primer ciudadano de la República, — a quien hemos visto mezclado con

la muchedumbre, rindiendo homenaje al genio y a la patria con la sencillez americana de un gran espíritu....

Es Marta Gruni que ahoga un sollozo, medio perdida entre las marejadas de la multitud: — es don Zoilo que se aparta del cortejo para respirar hondo y quitarse este nudo de la garganta: — es la gringa Victoria que busca con los ojos ansiosos, — para ir con él, tomados de la mano, — a Próspero, que posee el porvenir....

Son todos ellos, — figuras ilustres y rostros anónimos, — personajes de la vida y personajes de sus obras, — los que hemos visto ir tras él, vencidos por el hechizo de la emoción, entre las confusiones heterodoxas de la multitud.

Pero no importa el símbolo, la fuerza virtual de la alegoría, la grandeza misma que puedan tener esos detalles recortados por el dios interior de nuestro entusiasmo, — para magnificar un espectáculo que debió poseer contornos extraordinarios de glorificación.

De cualquier modo, ya está el gran Florencio en el Panteón Nacional, donde tiene que vivir para la gloria, — que no es ese gentío multicolor de los cortejos fúnebres, sino aquella diosa de los ojos claros que lo besó en las sienes las noches más hermosas de su vida....

FLORENCIO SÁNCHEZ

. . . . . .

Al pueblo, en verdad, le pertenece. Nuestro Florencio Sánchez de él salió en sangre y en espíritu, en dolor y en bohemia, en abandono negligente y en amarga rebeldía victoriosa.

He ahí por qué afirmamos que fué nuestro. Nuestro por su origen; nuestro por su subordinación necesaria al agrio ambiente de una vida mediocre.

Nuestro por su instintiva e instantánea comprensión de la sociología ríoplatense; nuestro, porque por lo mismo que nos habló a lo íntimo, le aclamamos antes de la hora póstuma; nuestro porque los públicos le discernieron, con el milagroso instinto que señala a las muchedumbres la divina presencia de quien está llamado a señorear su albedrío.

Bien haya, pues, este homenaje que por fortuna no constituye ni el tradicional desagravio, ni una tardía reparación de injusticia. No. Es el voto unánime que confirma, ratifica y acendra la previa y oportuna consagración; es gloria nueva en el bronce perenne de la antigua gloria. Miel de elogios, tronar de aplausos, reticencias de envidia, mucho penar en el afiebrado ajetreo... una embriaguez en un relámpago; tal el destino de estos vencedores a quienes la vida vence en efímero triunfo, y cuyo pensamiento, libre de miserias, burla el espacio en un blanco vuelo incontenible para arrojar

"al bronce de la noche la piedra que pone en fuga a las estrellas".

Hombre de Teatro y para el Teatro, lo fué ciertamente. Trasunta y cifra una época concreta en el teatro rioplatense. De los truculentos dramas criollos, que de "Juan Soldao" a "Calandria" detonan con su bravuconería inveterada; de los ensayos orilleros; de los bocetos fragmentarios, de toda la labor que le precede, el genio sintético de Sánchez supo apresar un resumen orgánico, coherente, armonioso, apto para surgir noblemente en la convencional estrategia del tablado.

Ved cómo comprende que la realidad es sólo acción. Cómo siente la belleza en el espejo fragmentario del rasgo aislado. Cómo depura la trivialidad de las cotidianas tristezas para estremecernos con el escalofrío de los supremos instantes dramáticos, en la incorrecta fuerza de sus diálogos, tensos y veraces.

Porque él instituyó desde los comienzos inciertos (en las desmañadas crónicas del delito, en que ensayara sus aptitudes), que el diálogo es la esencia del efecto escénico. No en balde los helenos, sabios de toda sabiduría, atribuyeron a Frínicos el título máximo, en premio a que su invención peregrina hizo nacer la inquietud del pensamiento, la vivaz pugna de la contradicción, la lumbre repentina que descubre los misterios del alma.

De esta suerte, tornóse humano y universal el cantante coro trágico, que permaneciera hasta entonces inmóvil en la lenta melopea de los holocaustos.

Diálogos polícromos y polífonos que son primor cuando no los enerva la declamación de una tesis vulgar o la vacuidad ampulosa de una retórica adocenada; pintorescos en la fonética de sus *gringos* y *compadres;* en las locuciones criollas de sus paisanos y de sus *gurisas;* diálogos heterodoxos en sintaxis y hasta en ortografía, firmes, empero, en el dibujo, domi-

nantes en el detalle, artísticos, en fin, si hemos de expresar el vocablo, a fin de que no quepa la creencia de que la realidad fotográfica es superior a la realidad interpretada del artífice que crea con dolor sus caracteres para el drama o sus mármoles para el plinto.

Así lo imaginé, artista del barro y de la broza; frecuentador de la hampa, abúlico y desordenado, sin método ni continuidad.

Pesimista sin saberlo, predispuesto a percibir lo innoble de nuestra condición humana; cruel en la descripción de las inelegancias de un ambiente protervo; misericorde para con los vencidos; capaz de enternecerse en la realidad de su teatro, ante la humildad fatalista de los míseros; patriota en los consejos y adminicias que de su alma adolorida surgían ante la evidencia de nuestros defectos indígenas; magnánimo en la contemplación de nuestras contiendas civiles, cuya bravía esterilidad le ahogan en llanto cuando como actor o testigo, le fuera dado intervenir; anárquico y rebelde, con una vaga ansia de renovación justiciera que en ocasiones denuncian las fáciles tesis de sus obras ménos afortunadas; vario y uno, ágil zahorí de los más diversos ambientes; estancia de Uruguay o Entre Ríos, cabaret bonaerense, familia urbana de la clase media, conventillo o taberna, campamento de rebeldes o humosa redacción de periódico.

La arcilla de sus estatuas fué nuestra tierra, gruesa y primitiva, roja de sangre y de pasiones.

Y con destreza semejante mezcló a la gleba nativa, el flotante limo cosmopolita de nuestras urbes mayores. Sin superficiales extranjerismos, sin pulcros atildamientos, dijo la verdad de sus sensaciones.

Merece así, que el pueblo le conduzca hasta el peristilo de un teatro que hasta ayer viviera de prestado y que hoy aspira a existir con recia autonomía.

Ningún triunfo más lógico que éste: volver aclamado por su público al templo de sus propias hazañas. Como un héroe antiguo, fuerte en la palestra, e inspirado en la adoración de la Belleza, torna a la sede del culto común, en la urbe capital de su tierra patria.

No partirá de aquí el carro gorgeante y rumoroso de los vencedores de los juegos de Thespis, cuando perfumábase de laurel y rosas agrestes la quietud de la tarde incendiada.

No precederá la marcha del cortejo la algazara báquica de los pastores en delirio, ni acompasarán la teoría de mancebos los arpegios de la flauta panida.

Pero la multitud, que ha de reverenciar la memoria del héroe, ornará su recuerdo con la emoción de una hora inolvidable.

Cuando, en pocos instantes, dirijamos los pasos hacia el solio clásico, habremos reintegrado al pueblo uruguayo lo que ha tiempo le era debido.

Y con nuestra unánime aclamación, habremos contribuído a que nuestros compatriotas vuelvan a valorar lo que han perdido con la muerte de Florencio Sánchez.

Quiera el Destino que, en la falange que le custodia, esté ya indicado el que ha de superar al héroe nuestro, continuando la radiante trayectoria de su genio. Yo saludo al héroe futuro y ofrendo mi anhelo y mi esperanza.

Y lo afirmo: el teatro nacional ha de precisar y definir nuestra estirpe.

Quien tiene teatro tiene alma.

JUAN ANTONIO BUERO.

AQUEL MINUTO

Nuestras vidas se encontraron un minuto ante el [Arcano:
Tú ibas hacia el Futuro, ya marchita tu ilusión...
Yo venía cual herido del horizonte lejano
Sin nada en el corazón.

Nos miramos, nos hablamos... y pasamos.

¡Hoy, siento que aquel minuto era el filtro soberano
Para curar mis heridas y reanimar tu ilusión!

SANTÍN CARLOS ROSSI.

"EL HOMBRE" SEGÚN GUICCIARDINI

(Versiones inéditas de Alvaro Armando Vasseur)

(*Conclusión*)

Nuestro hombre, dotado de tanta fuerza intelectiva, y tan disciplinada, con su ojo bueno y perspicaz, ve el mundo muy distintamente de lo que acostumbran a verlo los vulgares.

No cree en los astrólogos, en los teólogos, en los filósofos y en cuantos escriben sobre cosas sobrenaturales, o que no se ven, y *dicen mil locuras: porque, en efecto, los hombres están a oscuras acerca de las cosas, y estas indagaciones han servido más a ejercitar los ingenios que a descubrir la verdad. Habla con ironía de Santa María Impruneta, que trae la lluvia y el buen tiempo, y de las devociones y de los milagros, de los ayunos, y oraciones, y análogas obras pías, ordenadas por la Iglesia y recordadas por los frailes; de la ayuda que Dios otorga a los buenos, y del buen éxito de las causas justas.* (1)

Considera que la excesiva religión perjudica al mundo, porque afemina las almas, envuelve en mil errores a los hombres y los distrae de muchas empresas generosas y viriles. Cree que, con excepción de las Re-

públicas, en su propia patria, todos los Estados, si si considera bien su origen, son violentos; ni hay potestad que sea legítima: ni la del Emperador, que se funda sobre la autoridad de los Romanos, la cual fué la mayor de las usurpaciones; ni la de los sacerdotes, cuya violencia es doble, porque para dominarnos usan las armas temporales y las espirituales.

Ante este ojo perspicaz, todo el antiguo edificio se derrumba, y nada queda de la Edad Media. El reino celeste se deshace, y envuelve en su caída al Papa y al Emperador.

El espíritu, adulto y emancipado por su propia virtud, se rebela contra el pasado, del cual ha surgido, que lo ha amamantado y educado; arrojá lejos de sí todas las creencias y los principios, factores de esa civilidad, de la que él es la corona y el orgullo, y se encierra en la tierra o en la vida real, en el mundo natural, tal como es, y no según es imaginado, y pone su gloria en interpretarlo, en comprenderlo, y en aprovecharlo para sus fines

Si nuestro sabio admite *con las personas espirituales* que la fe conduce a grandes cosas, no es por alguna asistencia sobrenatural o providencial, sino por que *la fe suscita obstinación*, y quien persiste, vence. Cuanto a él, no ha menester de la fe, porque para vencer le bastan sus propias armas, la natural prudencia, y la doctrina, y la experiencia, y ese su terrible ojo bueno y perspicaz. Y no hay fibra del corazón humano que se esconda a su vista, ni apariencia o niebla tan densa que le obstruyan el camino, ni vanidad de imaginación o ímpetu de pasión. Los que se dejan enseñorear por vanas imaginaciones, *son cerebros débiles*. Los que se arrojan a las empresas sin antes considerar las dificultades, son *hombres bestiales. Y quien gobierna al azar, concluye por ser gobernado por el azar*. Y son locos los que obran por pasión,

aunque ésta sea noble y generosa. Y son tontos los que siguen el razonamiento común de los hombres y las vanas opiniones del pueblo. Quien dice un pueblo, dice, verdaderamente, un loco; porque es un monstruo lleno de confusiones y de errores; y sus vanas opiniones están tan lejanas de la verdad, cuanto, según Tolomeo, España está distante de las Indias.

Ni es bueno atenerse al criterio de los que escriben y querer *enterarse de lo que cada cual escribe a propósito de esta o de aquella cosa; y así, el tiempo que podría emplearse en especular se consume en leer libros, con cansancio del cuerpo y del alma, de suerte que más se parece a una fatiga de changadores que de doctos.*

Nuestro hombre sabio y perfecto sólo tiene fe en su juicio propio, en su especular y en la evidencia de los hechos, que revelan las falacias de las apariencias: *¡cuántos discurren bien y no saben actuar; cuántos, en las tribunas y en las plazas, parecen hombres excelentes, y luego, empleados, resultan sombras!*

El cree que los sucesos humanos son determinados por las inclinaciones y pasiones, y opiniones de los hombres, y que, por ello, existe un arte de la vida pública y privada, basado en el estudio y en el conocimiento del corazón humano, ciencia completamente experimental. ¡Y qué maestro en este arte! Ninguno penetra más a fondo que él en los motivos más ocultos y con más cautela disimulados de nuestras acciones; ni determina con más seguridad los efectos más lejanos, esa lenta sucesión de causas poco sensibles y poco observadas, las cuales explican esos *movimientos de las cosas* que al vulgo le parecen ruinas subitáneas.

Entre tanta variedad de accidentes, y de opiniones y de pasiones, ninguno lo sorprende, ni lo desconcierta o lo turba, porque considera toda cosa *como mínimo*, y sabe hallar la hebra en todo, y en los diversos casos

de la vida prevé y provee, desde los más altos negocios del Estado a las más humildes tareas familiares. Su mirada, en los azares más imprevisibles, fría y tranquila, es la de un Dios, alto y sereno sobre las tempestades, pero de un Dios ligeramente irónico, inclinado a tomar a los hombres como pasatiempo, encaminándolos a su antojo.

Este tipo que nos describe Guicciardini es la planta-hombre, según se había más o menos desarrollado en Italia; es la fisonomía histórica y tradicional del hombre italiano de aquella época; es la superioridad y señoría del espíritu, a la que los pueblos no llegan sino después de muchos siglos de iniciación y de civilidad, y a la cual Italia llegó con tanta rapidez que dejó por el camino gran parte de sus fuerzas. Por lo que aconteció que, a pesar de tan visible progreso del espíritu, con varia y rica cultura, en tanta prosperidad, y entre tantas obras maestras, cuando cogía la bella flor de una vida breve y fatigosa, y tenía ante sí nuevos horizontes, hallóse exhausta, y los días más alegres y más bellos de su existencia fueron los días de su muerte.

Italia se parecía mucho a este hombre que nos pinta Guicciardini, que ha hecho tabla rasa de todo el pasado, y a solas con su espíritu se lanza a la vida, lleno de confianza en su ingenio, en su doctrina, en su experiencia, en su ojo perspicaz, y trata al hombre como a la naturaleza, como a un siervo, a su instrumento, nacido para su utilidad; y mira con mirada entre fría y compasiva; y, en verdad, el más digno de compasión es él.

Porque, al fin, ¿qué uso hará este hombre de tanta fuerza intelectual? ¿Cuál es, para él, el problema de la vida? Vivir y convertir todas las cosas divinas y humanas, espirituales y temporales, animadas e inanimadas, en beneficio propio. He aquí el último resultado de esta ciencia y arte de la vida.

Sigamos la historia de este hombre, cuyo tipo es dibujado con tanta maestría en estos implacables recuerdos de Giucciardini. El ha roto todos los vínculos con el pasado, ha salido de la barbarie de la Edad Media, ya es el hombre nuevo, o el hombre moderno, que se burla de lo sobrenatural, y de todas las *ocultas* y *vanas disquisiciones* de la astrología, y de la magia, de los teólogos y de los filósofos; y no tiene fe más que a la ciencia, y se basa en la experiencia, en el juicio propio, en la su especulación: tipo intelectual italiano, devenido después de grandes luchas, el tipo, la fisonomía de toda la Europa civil. Esta potencia y energía intelectual, estéril en su país de origen, produjo trabajos que fructificaron en otras tierras, y ayudaron al progreso humano. Galileo, Colón, Vico, y muchos otros potentes intelectos, que tanta parte tuvieron en la civilización europea, no tuvieron casi virtud y eficacia en la civilidad de su país, donde ya no había materia apta para recibir y generar. (1)

Guicciardini dice que las ciudades no son mortales como los individuos, porque *la materia se renueva*, y si perecen es por los errores de los que gobiernan. Soberbia de estadista: porque no existe ciencia de estadista que pueda hacer vivir una ciudad, en la que huelgan todas las fuerzas espirituales (2) y donde la materia que se renueva es débil y corrompida, y sin

(1) Afirmación muy categórica y susceptible de no ser ni histórica ni culturalmente exacta.

(2) "La historia se revela a los ojos del Obispo de Hipona (San Agustín) como una lenta y fatigosa sucesión de superamientos, al través de los cuales, la *Civitas Dei*, es decir, el idealismo y la bondad, alcanzan manifestaciones constantemente más elevadas. El progreso tiene su razón de ser en la

jugo generador. Ni basta para conservar la vida la cultura ambiente y la inteligencia desarrollada: *porque saber no es poder*, como veremos, continuando la historia de nuestro hombre.

El cual, tan potente de intelecto y de doctrina, y de experiencia y de discreción, es asimismo un patriota y un liberal, con opiniones tales que certifican que ya se halla muy distante del medio evo, y que es personaje completamente moderno.

Emperador y Papa, güelfos y gibelinos, derecho feudal y derecho de conquista, luchas entre urbanos y

---

simultánea presencia, en el mundo, de egoísmo y de altruísmo que combaten aquí abajo un incesante duelo.

Iluminado por tan fúlgidas presuposiciones, Agustín no debió sentirse desanimado ante la inhumana catástrofe en que parecía hundida Roma bajo la férula de Alarico. Al momentáneo triunfo del mal y de la barbarie habría sucedido, infaliblemente, una más vigorosa ascensión del bien. Y el pueblo romano, cuya casa podía ser derrumbada, pero no debilitada en fibra, habría proseguido más audazmente su glorioso camino por el surco de la civilización, en virtud de aquellas excepcionales dotes que Dios había premiado con tan milagroso despliegue de poder.

"Roma quid est, nisi Romani? Non enim de lapidibus et liguis agitur, de excelsis insulis et amplissimis moenibus. Hoc sic erat factum, ut esoed, aliquand suiturum. Homo cum aedificaret, posuit lapidem a lapidem; et hoc cum destrueret, expulit lapidem a lapide. Homo ilud fecit, homo illud destruxit. Yniuria fil Romae, quid dicitir cadit. Non Romae sed forte artifici eius... Romae non perit, si Romanos non pereant." E. Buonaiuti; Sant-Agostino, p. 66-67.

Así es: *Roma no perece si los romanos no perecen* Como las iglesias no perecen sino se destruyen sus fieles. Porque iglesias y ciudades no son piedras sobre piedras; son almas con almas. Y como París resurgió después de 1870, análogamente resurgirán con esplendores nuevos. Berlín, Viena, Petersburgo, Moscou, Budapest...

rurales; todas éstas, son cosas viejas para él y se han borrado de su conciencia. Italiano, ciudadano de Florencia y laico, sus opiniones se reasumen en estas memorables palabras:

"Tres cosas deseo ver antes de mi muerte, pero dudo, que aunque yo viviera mucho, no vería ninguna: un vivir bien ordenado, de república, en nuestra ciudad; Italia libertada de todos los bárbaros; y el mundo, emancipado de la tiranía de estos malvados curas."

Bellísimas sentencias, que, según él presentía, fueron un testamento, convertídose en bandera de toda la parte liberal y civil europea: una libertad bien ordenada, la independencia y la autonomía de las naciones, y la emancipación del laicado. Esto era lo que entonces anhelaba nuestro hombre, y con él toda la parte culta del pueblo italiano, tan parecida a él.

Pero una cosa es desear, otra es hacer. Nuestro hombre intentaría realizar algo, si puede hacerlo él sólo, mas lo desanima "la compañía de los locos y de los malignos". Muchos, es cierto, gritan libertad, *pero en casi todos prepondera el respeto por el interés propio.* Siendo hecho así el mundo, y debiendo el hombre sabio *tomar el mundo según es y no cual debería ser*, la ciencia y el arte de la vida son concretadas en el modo de conducirse sin que nos acarree daño, antes bien, con la mayor comodidad posible.

Conocer no es realizar. Piensa, según te plazca, pero haz lo que te convenga.

Por ello, la principal mira de nuestro sabio es *obtener y mantener su reputación, porque entonces todos corren detrás tuyo;* y cuando no se estima el honor, cuando falta *este estímulo ardiente, resultan vanas, muertas, las acciones de los hombres.* Y no hay cosa por *mínima* que sea que no deba hacer, quien quiera adquirir reputación. "Si bien saber pulsar algún instrumento musical, bailar, cantar, y otras habilidades,

escribir bien, cabalgar, vestirse con donaire, pareza que sean antes ornamentos que cosas substanciales; sin embargo, bueno es no descuidarlos, porque tales ornamentos de la persona dan dignidad y reputación a los hombres bien calificados, y estimulan el fervor de los príncipes, y son, a las veces, principio y razón de gran provecho y exaltación."

Nuestro sabio no es un estoico ni un cínico; es más bien un amable epicúreo. Evita injuriar y ofender, y cuando se ve forzado a ello, hace lo que la necesidad o la utilidad exigen Hace voluntariamente el bien, no en espera de alguna compensación, ya que los hombres son *fácilmente propensos a olvidar los beneficios, sino* para acrecer su reputación Es amigo de *ceremonias,* y de lisonjas, y de *promesas generales;* porque ellas agradan a los hombres, aún cuando las buenas palabras no sean seguidas de buenas obras Trata de mantener cordiales relaciones con sus hermanos, con sus parientes, con los príncipes; de conseguir y aumentar sus amigos, de no crearse enemigos, pues los *hombres se encuentran* y pueden sobrevenir males Trata siempre de hallarse del lado *del que vence;* porque así participa de las loas y de los premios, *Apetece los bienes,* no para gozarlos, lo que sería cosa baja, sino porque da reputación, y la pobreza es despreciada. Es persona *libre y real,* o como se dice en Florencia, franca, porque así agrada a los hombres, o porque cuando las circunstancias exigen disimulo, o simulación, más fácilmente merece fe

"Y niega audazmente, aún cuando lo que haya hecho o intentado, casi haya sido descubierto y público; porque la negación eficaz, aunque no persuada al que tiene indicios o crea lo contrario, introduce la duda en su cerebro. Es parsimonioso en sus gastos, sin dejar de reconocer que la prodigalidad agrada: porque más te honra un ducado en la bolsa, que diez que

hayas gastado Hace todas las cosas para parecer bueno: porque el buen nombre vale más que sendas riquezas. Se esfuerza en no ser sospechoso, porque son más los malos que los buenos, máxime donde existen intereses particulares o de Estado; y el hombre es tan ávido de sus bienes como poco respetuoso de los ajenos, cree poco y se fía menos"

No terminaría si quisiera continuar citando pasos de Guicciardini Quizá ya me he excedido Pero se expresa tan bien, con tal precisión, en un lenguaje y con un estilo tan olvidados en la actualidad, que nadie lo tomará a mal. Y me será grato si logro incitar a muchos a leer este código de la vida, escrito en estilo lapidario y monumental, lleno de altas enseñanzas para los cultores de las ciencias históricas y morales

Este hombre sabio, según la imagen que de él nos traza Guicciardini, es lo que hoy día llamaríamos un gentilhombre, un amable gentilhombre, en sus maneras, en sus rasgos, en su vestir El retrato es tan fresco y vivo, tan en concordancia con los hábitos modernos, que a cada rato te parece verlo por las calles, con su sonricilla de una benevolencia equívoca, con su perfecta mesura en los modales y en las palabras, con su dominio de sí y la confianza en su saber actual y en su saber vivir Todos le abren paso; muchos lo rodean; y lo alaban no poco. Los que son más que él, no padecen su sombra, porque él evita entrar en concurrencia, lo propio que aliarse con los potentes, recordando el proverbio castellano: *el hilo se rompe por lo más delgado.* Los príncipes le acuerdan sus gracias, lo colman de honores y de riquezas, porque *les muestra respeto y reverencia, y en esto es más pródigo que escaso.* Disfruta el favor del pueblo, porque rehuye pasar por ambicioso, y todas las manifestaciones tendientes a aparentar en las cosas mínimas y en la vida cotidiana, ser mayor o más pomposo o más delicado que los otros.

A nadie inspira celos o desconfianza, porque huye de toda *excesiva avidez,* ya que ésta trueca al *hombre en el peor enemigo de sí mismo* ¿Cuál es la mejor cosa del mundo?; y nuestro sabio contesta: la mesura. Detesta lo excesivo y lo vano; y no fuerza la naturaleza, y se resigna al hado, a lo que tiene que ser, citando el áureo dicho: *Duŕunt volentes fata, nolentes trahunt.* Si no puede realizar todos sus designios, no se afecta, sabe esperar: porque *los sabios son pacientes.* Es buen ciñdadano, porque se muestra celoso del bien de la patria, y exento de esas cosas que perjudican a un tercero; pero, reprender a los despreciadores de la religión y de las buenas costumbres es bondad superflua de los de San Marcos (Savonarola y sus Plañideros), la cual es, a menudo, hipocresía, y cuando no es simulada, no es excesiva en un cristiano, si bien no aprovecha al bienestar de la ciudad. Quiere proveer a su grandeza, mas no la convierte en ídolo, como hacen los príncipes, los cuales para obtenerla hacen tabla rasa de *la conciencia, del honor, de la humanidad, y de cualesquiera otra cosa.*

Todo es previsto y medido; para todo, en todos los casos, hay un *pero,* que limita cada exageración, y mantiene a nuestro sabio en el término medio. *Aurea mediocritas. Il soperchio rompe il coperchio;* (1) la mejor cosa del mundo es la moderación.

"Los intelectos elevados trascienden el grado humano y se aproximan a las naturalezas celestes, mas, sin duda alguna, hallan mejores tiempos en el mundo, viven más larga vida, y en cierto modo, más feliz, quienes poseen ingenio más positivo." Esto es ser sabio y saber vivir.

Sin duda, nuestro sabio ama la gloria, y desea realizar cosas *grandes* y *excelsas,* pero como el suyo es

(1) La avaricia rompe el saco.

un ingenio positivo, las desea en la medida que su realización no lo perjudique o incomode. Fluyen de su boca palabras de oro. Habla fácilmente de patria, de libertad, de honor, de gloria, de humanidad; en cuanto a los hechos...

Ama la patria, mas, si ésta perece, le duele, no por ella, porque así es, sino por él, *nacido en tiempos de tanta infelicidad.* Es celoso del bien público, pero *no se engolfa en las cosas del Estado* hasta el punto de poner en ellas toda su fortuna. Desea la libertad, pero cuando ésta se pierde, no es bueno intentar cambios, porque a menudo cambian *las caras de las personas, no las cosas,* y como no basta que cambies tu polo, te resulta algo diverso de lo que tenías en la mente; y no puedes fiarte en el pueblo, tan instable y cuando las cosas van mal, te ves constreñido a la vida despreciada del desterrado.

Si tuvieras *cualidades para ser Jefe de Estado,* pase; no siendo así, lo mejor es conducirte de modo que los que gobiernan no sospechen de ti, ni tampoco te coloquen entre los descontentos. Los que de otra suerte obran son *hombres ligeros.*

En el mundo hay *sabios* y *locos.* Y llama locos a los florentinos que *quisieron contra toda razón oponerse,* cuando los sabios de Florencia se agacharon bajo la tempestad. (1) "A ninguno desagradan más que a él, la ambición, la avaricia, y la molicie de los sacerdotes y el dominio temporal eclesiástico; ama a Martín Lutero, para ver reducida a los debidos términos a esa caterva de malvados, esto es, a perder sus vicios o su autoridad; pero sus conveniencias *particulares* oblíganle a amar la grandeza de los pontífices, a obrar en pro de los sacerdotes y del dominio temporal,

(1) Aludo al Sitio de Florencia, ilustrado por la heroica resistencia de los que Giucciardini denomina locos.

"Quiere, reformada, en muchas partes a la religión; pero, en lo que le atañe, él no combate la religión; ni con las cosas que parecen depender de Dios; porque este objeto posee harta fuerza en la mente de los estúpidos."

De esta guisa, nuestro sabio se nutre de amores platónicos y de deseos impotentes. Y su impotencia estriba en esto: le falta la fuerza de sacrificar su *interés particular* a lo que ama y desea; porque lo que dice amar y desear, la verdad, la justicia, la virtud, la libertad, la patria, Italia libertada de los bárbaros, y el mundo libertado de los sacerdotes, no son en él sentimientos vivos, motores, sino opiniones e ideas abstractas; y lo único que siente, lo que lo mueve, es su *particular interés.*

La lucha generada por el anhelo de la reforma religiosa se había encendido en Alemania, y se extendía a las naciones vecinas, y no faltaban *locos* entre nosotros, que combatían y morían por ella; en Italia se combatían las últimas batallas de la libertad y de la independencia nacionales; el país se debatía entre suizos, españoles, alemanes y franceses; y nuestro sabio no parece tener un alma de hombre, y casi no da indicios de apercibirse de todo esto, ni se conmueve, y pesa y mide lo que le perjudica y lo que conviene. Para él la vida es un cálculo aritmético.

Italia pereció porque los locos fueron poquísimos, y los más eran sabios.

Ciudades, príncipes, pueblo, todos respondían al ejemplar estupendamente delineado en estos Recuerdos. El ideal ya no eran los Farinatas, sino los Médicis; el escritor de estos tiempos no era Dante, era Francisco Guicciardini. La sociedad se había ido transformando: pulida, elegante, culta, erudita, despreocupada, amante del quieto vivir, gustosa de los placeres del espíritu y de la imaginación, tal como las

notas en los versos de Angel Poliziano. Toda seriedad y dignidad de propósitos había desaparecido en aquella insípida realidad. Patria, religión, libertad, honor, gloria, todo lo que estimula a los hombres, moviéndolos a actos magnánimos, todo lo que hace grandes a las naciones, era admitido en teoría, pero ya no tenía sentido en la vida práctica, ya no era el motivo de la vida social. Y porque faltaron estos estímulos, que tienen la virtud de mantener vivos el carácter y el temple de las naciones, faltó también entre nosotros toda energía intelectual y toda actividad en los usos y en las necesidades de la vida, y el país acabó en esta somnolencia que nuestros vencedores, con inmortal mofa, transportaron a sus vocabularios y llamaron *il dolce far niente.*

Un individuo parecido a nuestro sabio quizá pueda vivir; una sociedad no. Porque para mantener unidos a los hombres es necesario que éstos sean capaces de sacrificar, cuando fuere menester, sus bienes, y hasta la vida; y donde huelga esta virtud, o sea patrimonio de pocos, la sociedad está deshecha, aunque todavía parezca viva. Esta fuerza faltó a los italianos, parecidos entonces a aquel romano riquísimo que no quiso gastar cien ducados para la defensa común, y luego, en el saqueo de Roma, perdió el honor de sus hijas y gran parte de su fortuna. Faltó esta fuerza, porque las ideas que impulsaron a sus mayores estaban exhaustas; imperaban el cansancio y la indiferencia; y entre tanta cultura y prosperidad, el temple, *la estofa del hombre* estaba consumida, falta de esa fe y de ese calor del corazón que realiza *las grandes cosas*, que puede mandar a los montes, según dice el Evangelio, o si mejor os place, puede volver fáciles y dulces los más duros sacrificios.

¡Qué quedaba! La sapiencia de Guicciardini. Perdida la fuerza, hicieron sus veces la intriga, la astucia,

la simulación, la duplicidad. Y pensando cada uno en su interés particular, naufragaron todos en la tempestad común.

Cómo se habían empequeñecido los italianos, en qué flaquezas habían caído, cuáles eran sus designios y sus deseos en medio de la tempestad, nos lo testimonia la descripción que hace Guicciardini del alma de sus conciudadanos, en los cuales, sin embargo, subsistía tanta virtud que sirvió para hacerlos caer con loas.

"Nuestras costumbres — dice el historiógrafo — no exigían que nos inmiscuyéramos en la guerra entre estos grandes príncipes, sino que la evitáramos, y nos rescatáramos del que vencía, según las ocasiones y las necesidades. No era oficio nuestro pretender dar leyes a Italia, querer trocar en maestros y en censores a quienes debían partir de ella; no mezclarnos en las cuestiones de los mayores reyes de los cristianos nosotros habemos menester de estar bien con cada cual, de hacer de modo que nuestros mercaderes, que son la vida nuestra, puedan viajar seguros por todos lados: de no ofender nunca a ningún príncipe grande, sino obligados a ello, y de suerte que la excusa acompañe a la injuria, y no se vea antes la ofensa que la necesidad No tenemos necesidad de gastar nuestros dineros para alimentar guerras ajenas, sino conservarlos para defendernos de las victorias; no para desasosegar y poner en peligro la vida y la ciudad, sino para reposarnos y salvarnos." (1)

Este lenguaje de servidores y de mercaderes muestra cuál era entonces la sabiduría de los pueblos italianos, y lo que es el hombre sabio que nos esboza Guicciardini. No hay espectáculo más miserando: tanta impotencia y flaqueza aparejada a tanta sapiencia.

La raza italiana aún no se ha curado de esta flaqueza

(1) F. Guicciardini. "Ricordi Autobiografici", pág 211.

moral; todavía no ha desaparecido de su frente esa marca que le ha impreso su historia de doblez y de simulación.

El hombre de Guicciardini *vivit, imo in Senatum venit,* y lo hallan a cada paso. Y este hombre fatal nos obstruye el camino, si no tenemos la fuerza de matarlo en nuestra conciencia. (1)

FRANCISCO DE SANCTIS.

(*Lo tradujo*: ALVARO ARMANDO VASSEUR).

(1) F. D. S. "Nuovi Saggi Critici", 2.ª ed. Nápoles, 1914, págs. 201-226.

SALUTACIÓN

Al capitán Berisso.

Aviador de las frágiles alas,
Por el espacio tendidas a vuelo
Al crepitante rumor que ensordece
Los ámbitos mudos del cielo.

Me arrebataron consigo las águilas
De tu victorioso ardimiento,
Para que navegara en sus rémiges
Las aguas del viento,

Y comiera del pan eucarístico
De la audacia, tu pan cotidiano,
Para ser, un instante brevísimo,
Casi tu hermano.

¡Oh frecuencia lustral del peligro,
Domeñado en tus ojos serenos,
Elevado pensar de la muerte
Que ennoblece más hondo a los buenos!

Purifica mi voz en el ósculo
Del vidente Isaías al ascua,
Surja Fausto decrépito al místico
Resonar de los bronces de Pascua!

¿En qué noche de intensas tinieblas,
A qué líricos ámbitos nuevos
Ascender? ¿A qué cúspide blanca?
¿A qué rayo de un sol aún oculto
Del que un ave destellos arranca,

Al cernirse nocturna en la altura
Como una impaciencia de insomnio
Que el alba apresura?

¿En qué noche de intensa congoja
Como el ave, buscar una senda,
Una huella de luz presentida,
Que invisible los átomos hienda

Muy arriba del mundo y en ella
Incendiar el espíritu a vuelo
Como el nuevo lucir de una estrella
O el resquicio en la sombra de un velo?

¿En qué día
Desde un claro zenit ver en círculo
Un exacto horizonte que iguala
El abismo y el monte:
Antinomias concordes en una
Armonía ni buena ni mala?

¿Ver la luz y la sombra enlazarse?
¿Ofrendar al espacio la vida
Como la simiente madura
De un noble ideal en dehiscencia
Sobre un surco de mieses futuras?

¿En qué noche de negra agonía?
¿En qué nueva esperanza?
¿En qué aurora? ¿En qué día?

Aviador de las frágiles alas
Y corazón de acerada firmeza,
Tú sonreirás de mis líricos sueños
De mis inconstancias .
A ti la Belleza
En la plenitud de la acción y la idea
Simbolizada con alas a vuelo
Por resplandores de aurora febea
Bajo la muda sorpresa del cielo .

Triunfal como un arco, a los semidioses
Que rasgan su túnica,
A los argonautas de la nueva nave,
Camino a las Cólquidas nuevas.
Aviador!
Por su triple acepción en mi espíritu
Séate mi única
Salutación panegírica.
AVE!

Un día será, próximo acaso,
En que el multiplicado girar de las palas
De tu hélice nos habitúe .
A su contacto familiar y a las alas

Dóciles como el esquife y el remo,
El arado, el martillo y la rueda
Que Prometeo, discóbolo, mueve
Con su fuego primigenio.
El Aeda

Sueñan contigo los precursores
Y los Mesías venideros; la fragua
Retempladora de las inquietudes;
El Verbo en camino sobre las aguas
Del Tiempo... en la noche de las multitudes.

"Vivir no es necesario· es necesario
Volar". Zarpa otra nave
Y lleva en la proa,
Rostrada con una Victoria, de clámide al viento,
Las alas libérrimas de la Esperanza!
¡Icaro! ¡Ave!

BUENAVENTURA CAVIGLIA (hijo).

SOBRE ARTE

IDEAS Y PENSAMIENTOS

(De un libro en preparación).

Cuidemos, ante todo, de que nuestro amor por el arte se mantenga en los términos de la más severa dignidad, sin descender a los que constituyen un engañoso remedo de éste... a aquellos que, en realidad, sólo importan un sentimiento inferior de vanidad exhibicionista.

—Nada importa el sacrificio del éxito inmediato exterior en aras de la honestidad artística; no nos importe que el mantenimiento de tal virtud lo consigamos al doloroso precio del fracaso, que siempre quedaremos en planos infinitamente superiores en el justiprecio intelectual, con relación a los brillantes y mentirosos, que sacrifican a la honestidad a los triunfos fáciles de las manifestaciones exteriores.

El análisis en poesía.

Reputaba Coudillac, que en el análisis, el poeta halla uno de los más eficaces medios de inspiración.

Creemos exacto el juicio del lógico. Creemos que el verdadero poeta gana en inspiración, en la medida que realiza acto reflexivo.

Porque, cuanto más y mejor analice, cuanto más y mejor reflexione sobre el objeto de pensamiento, de más eficaz modo lo reflejará en su fantasía.

El análisis lo conducirá a una más íntima y profunda visión intelectual, a reflejar con más verdad, con más fidelidad su pensamiento.

Los que entienden que el conocimiento reflexivo es modo que no se aviene con el inspirado, deben considerar, por el contrario, que la inspiración se ha de probar con la reflexión; deben considerar, que así "como los bailarines se ejercitan en la danza, calzando pesados zapatos de plomo", a fin de adquirir al par que más firmeza y seguridad de movimientos, más agilidad y destreza, el poeta, con los ejercicios reflexivos, adquirirá más espontaneidad y fuerza de inspiración.

Desde este punto de vista, los ejercicios reflexivos corresponden a un aspecto importante educativo de la facultad poética.

Suponen una gimnasia necesaria; y, sobre todo, sirven de medio para aquilatar la virtualidad de las exaltaciones de la fantasía, que pueden resultar no más que vanos e ilusorios remedos del espíritu poético.

CONRADO BLANCO.

ANFORA ROTA

Se esfuma en la lejanía
la doliente voz de un piano,
y descifrando un arcano
se va esfumando la mía.

A ella, que es como una rosa,
lentamente la deshojo.
Todo se tiñe de un rojo
pálido en la estancia umbrosa.

...Y el postrer pétalo rueda
tristemente y con dulzura;
mientras el derrumbe apura
se va quejando en voz queda.

Lloró la rosa exquisita
su rocío atesorado...
y un beso muy prolongado
firmó la palabra escrita...

Muere en el piano la queja
postrimera de un dolor.
Ya sólo se oye el amor
como una voz que se aleja...

SEGUNDO BARREIRO.

LOS DOS ABUELOS

El uno era alto, un poco cenceño, como debe ser la cara de los hijosdalgos que no deslustraron en el ocio de la casona solariega el brillo del apellido, sino que lo sacaron al sol, por entre una floresta de lanzas, peleando contra moros o contra infieles. ¡Era un gran señor aquel abuelo! No lo conocí en el oro de sus años, no lo conocí en el bronce, lo conocí en la plata de la cabeza ya cana, apaciguada ya. Tenía los ojos negros, ojos firmes y fijos, ojos que han domeñado nervios y pasiones. Era alto como una puerta feudal, hablaba, y sus palabras, arcaicas, imprecadoras, parecían surgir como del pergamino de un infolio: caminaba con caminar de hombre que nació para mandar hombres, repúblicas, senados, y — ¿por qué no? — para mandar también ejércitos entre nubes grises de pólvora, en situaciones heroicas. Para buscar psicología, hermana de la suya, hay que remontarse a viejos siglos lejanos: Marqueses de Santillana que mandan ejércitos contra el infiel y contra el moro, su lanza es la primera que arremete, deslumbraba aquella lanza como tejida con fuego, con vivo fuego de sol. Y vencido el moro, vencido el infiel, pacíficas las tierras de España, en el más cuarto del castillo escribir con luenga pluma de ganso la historia del linaje... Sacrificado de un ideal fué aquel abuelo, decidme si alguna vez visteis su nombre donde no estuviera el nombre de su

partido. Nació con la patria, su padre, un poco de Catón, un poco de Stuart Mill fundidos, había estado en el tumulto de los congresos que dieron constitución política a un pueblo. De un viejo partido conservador, fué.

De labios, de muchos labios de hombres corrompidos, sectarios del éxito, sin convicciones, sin ideas, sin fe, yo oí decirle: ¡godo! como imprecándole. Pues fué godo, godo en la guerra, godo en el libro, y godo, supremamente godo en la casona. ¿Retrógrado, tal vez? Tal vez retrógrado: tal vez su espíritu tenía una barrera para nuevas ideas que debía traerlas la natural evolución de las cosas. Pero fué honrado, pero cuando en un gran incendio rojo vió la agonía de su bandera, no se pasó a otra, no vendió su espíritu, vivió del pasado acaso se alimentaba de algún ideal muerto, imposible, quimérico, pero se alimentaba de un ideal: ideal es siempre espíritu, no como vosotros, tránsfugas, que os alimentáis de estómago. El era en medio de la casona, de los hijos, de los nietos, como una pequeña patria, el culto de los héroes me lo enseñaron sus labios, y en los labios suyos temblaba la lanza de Paez en Las Queseras, en Carabobo, en Puerto Cabello como un supremo empuje, y Bolívar, era, como si en una fusión de dioses Licurgo y Alejandro se juntaran, y un solo hombre, Bolívar, ganara batallas como Alejandro y como Licurgo hiciera leyes; loco o santo o genio, en la locura santa, genial, de Carabobo, sereno señor de toga, "El Poder Moral" en la mano, a las puertas del congreso, en Angostura.

Complejo el otro abuelo yo no sabría pintarlo en un rasgo. Redonda cabeza griega, no le faltaba la apostura del hidalgo, pero de un hidalgo afinado en las fiestas de Versalles, alma del señor español rellena con sal de Francia, no para él dominadora actitud del otro abuelo: más sutil, más vibrador el nervio, más

penetrante para sacar música interior ante la contemplación del chorro de agua cantarino, de las avecicas de Dios, de los lirios del campo: compleja psicología de pobrecito de Asís en su amor por la naturaleza fraterna y de artista renacentista en el pagano amor por los mármoles que traían buhoneros de Oriente, sencillo y complicado al par, sencillo para hablarle a los gorriones con lengua franciscana, complicado como para hablar a Maquiavelo de la ruina de los imperios, a Leonardo del efecto de la luz sobre las almas, ante Rafael de Urbino descomponer en líneas la sonrisa de una Madona. Si en el espíritu del otro abuelo godo y católico, veíase alguna gota de una sangre prehistórica, energía y fortaleza del celta, del vasco o del asturu, de los hidalgos cenceños que pasaron por el romancero entre una floresta de lanzas, bocas donde no abrió la risa su suave flor de sedas, el espíritu de éste venía, cuajado de músicas, del vivaz tronco latino. Recuérdolo, de niño, hablar con viejo camarada de ideales en un francés de los más finos, de los más "versallescos" que oyeran mis oídos. Tenía muchos libros el abuelo aquel, su espíritu tolerante juntaba bajo un mismo tramo al Sakiamuny extático, y al viejo de Ferney, normal y cruelmente reilón. Creía en los demás y dudaba de sí mismo, cualquier muchacho que irrumpía en un periódico de cuatro páginas con algún exceso rimado era para su entusiasmo una promesa, malos hombres explotaron de la fuente divina de su candor, en el medio burgués y mediocre fué un incomprendido, como él no apresó su espíritu bajo el campanario de la aldea grande, sino que ambuló libre y suelto por libros exóticos y filosofías lejanas, aquellas honestas gentes de la aldea grande no supieron de todo su venero musical y recóndito. ¿Qué queda de él? Lucha de el pan, maldita lucha del pan marchitó su jardín: queda un epigrama latino en un viejo libro de cuando fué

estudiante, prosas e ideologías en periódicos de trescientos ejemplares de tirada, en la provincia, polilla y abandono acabaría con las colecciones de esos viejos periódicos, en páginas en blanco de algún librón de cuentas el comienzo de un estudio, seis, doce ideas biológicas al respaldo de algún libro de Haeckel.

En medio del loco desorden de mi cuarto, frente a frente, el uno ceñeño, rosado el otro, están los retratos de los dos abuelos. El uno mira y parece imprecar por su bandera rota y por su fe destruída en la loca avalancha de las ideas nuevas. El otro sonríe, y quizás parece decirle al uno cómo no es loca avalancha la de las ideas nuevas, cómo todo obedece a una ley de renuevo y transformación, el título del viejo libro de Pelletán que por lejanos días del 60 juntos leyeron: "El Mundo Marcha". Ceñeño el uno, alto como una torre feudal, parece decirme que estos locos mariposeos de mi espíritu cristalizan en una convicción, que tenga la honradez de mi convicción donde atalaye hombres, donde atalaye cosas. ¿Me vencen? Bien vencido, con tal de que de la bandera rota quede aún entre mis manos un girón hecho luz y hecho látigo. Luz, ¿por qué no?, para alumbrar mi fortaleza irresistible, látigo para el tránsfuga que cambió el ideal por estómago. Y el otro sonriendo parece completar la máxima del uno: pero no castillo de hierro para el adversario edifiquen tus convicciones, acuérdate del símbolo que viste muchas veces en un estante de mi biblioteca. Sakiamuny el extático junto al viejo de Ferney, cruel y reilón. Oye verdades metafísicas a Buddha, el viejo príncipe de la casa de los Sakyas que abandonó mármoles, oro, mujer hermosa, virilidades de treinta años, por un grano de arroz al día en la soledad del yermo, pero no porque haya hecho vibrar las cuerdas de tu alma la verdad metafísica de Sakya, niegues la verdad antagónica, la verdad "versallesca" y frívola del cruel viejo reilón de Ferney. Tolerancia! Si haces ciencia del dolor, sé amable para la sabiduría con tanta sabiduría como el dolor, de la risa. Puede haber tanta verdad en un consejo búdhico, dicho en una selva metafísica de la India, entre las paredes de una pagoda, junto al Ganges sagrado, como en un madrigal dicho en Versalles, por buenos días de pelucas empolvadas, Pompadures, abates, poetas y bandolinos que tocan entre la fronda, junto al estanque bañado de luna y candor. Verdad distinta, distinta concepción de la vida, distinta filosofía, hombres diversos y diverso medio.

Así, en el desorden de mi cuarto, más que en el Schopenhaüer aburrido, el Kant lógico, el Niestzche paradojal, yo leo un dual sermón de vida en el retrato de los dos abuelos. Sermón de convicción, sermón de fortaleza, sermón que parece surgir como del pergamino de un infolio en la cara enérgica y ceñeña de un abuelo, y fino sermón tolerante, fino sermón hecho con sal de Francia, en la cara rosada y sonriente, en la cabeza redonda y griega del otro abuelo, complejo espíritu que hubiera como un pobrecito de Asís llamado hermano al chorro de agua, a las avecicas de Dios, al lirio del campo, como hubiera también hablado a Maquiavelo de la ruina de los imperios, a Leonardo del efecto de la luz sobre las almas, ante Rafael de Urbino descomponer en líneas la sonrisa de una Madona.

MARIANO PICÓN SALAS.

GLOSAS DEL MES

LOS LIBROS DEL AÑO

1920 nos ha dado un total de cuarenta libros.

Acaso, con uno solo, pero excepcional, nos dábamos por conformes. Una nación sólo vive porque piensa, dice Eça de Queirós, — y ya sabemos lo que queda de aquellos grandes pueblos antiguos, que fueron el emporio del mundo. Nuestra tierra, que Dios hizo pequeña como una mano en el decir del poeta, tiene amor por "la diosa de los ojos claros", que en el Ática protegió a los mortales del imperio de Calibán.

No en valde, nos contaba hace poco, con la brillantez de su prosa harmoniosa, el sutil espíritu de Juan Antonio Buero, como una tarde amable, al salir de Versailles la delegación uruguaya de la paz, alguien confundió desde las filas de la muchedumbre, nuestra bandera azul y blanca, con la bandera blanca y azul de Grecia. Y lo que en el corazón patriota del joven diplomático fué entonces voto de esperanza y augurio de porvenir, puede decirse que es largo anhelo soñador que certifican nuestras devociones por Palas Atenea.

La labor intelectual del año 20 es numerosa y estimable, aunque no sea magnífica ni gloriosa. Muerto Rodó, callado Zorrilla de San Martín, las grandes figuras literarias del Uruguay están descontadas: Delmira Agustini y Julio Herrera y Reissig, hace tiempo ya que nos abandonaron. En la brega serena y altiva

todavía no aparece quien vuelva a encender la lámpara maravillosa, pero una gran cohorte lírica viene cantando por los caminos, y en sus ojos azules y en sus frentes leales palpita la optimista energía de la juventud. Acaso, ¿no eran así como éstos, los jóvenes de la Grecia antigua, que llevaban el alba clara sobre los rostros, que amaban la mañana sobre los verdes céspedes?...

En los cuarenta libros del año no aparece, como ya lo dijimos, el libro excepcional del maestro ni el libro máximo que consagre al recién venido Existen, sin embargo, los esfuerzos eficaces, las voces consistentes. Revistándolos, aunque sea en ligera teoría, podemos remarcarlos con fundada confianza, como en la fila atlética se destacan seguros los más bellos púgiles.

A estas consideraciones preliminares que la pluma hilvana sin orden, — queremos agregar que en los distintos géneros, — la prosa predomina, aunque todavía no han pasado sobre ella los aeroplanos novecentistas de la hora que en los cielos celestes de la poesía ya han dejado sus rayas fugaces.

De los libros de versos podemos citar sin esfuerzo, hasta diez. Manuel Pérez y Curis, envuelto ya en la eterna sombra, lo mismo que Alcides Milans, nos dieron dos obras poéticas de innegables características. Pérez y Curis, de consagrado renombre, completó su parnaso estremecido de alas combativas con "Ritmos sin rima y otros", en donde hay una común y rebeladora tristeza propia de aquel espíritu encrespado y fuerte.

La obra de Alcides Milans es una obra póstuma, y por lo tanto, no seleccionada con justeza ni mucho menos con exigencia. "Los astros de un ensueño" vienen a ser así, desparejos, — pero ello no obstante definen una personalidad de ardientes atributos jóvenes, la misma que un día conocimos y acompañamos en azules horas de bohemia inolvidable.

Juan Mario Magallanes, triunfador en los juegos florales del Salto, publicó "Mi báculo", libro de versos opacos y desplazados casi todos, por su técnica, fuera de las corrientes actuales de la modernidad. Magallanes es un recién iniciado, en este año tan pródigo de gente nueva y lírica. Su poema de "Las casas", que premiaron en el Salto, asegura una potencial brillante para su carrera poética.

"El secreto doliente" de Enrique Bianchi, y "Poemas del silencio", de Carduz Viera, son dos libros de iniciación, titubeantes y salpicados de influencias, pero alumbrados por la misma luna que vuelca su emoción sobre las almas líricas que están en primavera.

Manuel Benavente, poeta trashumante de las ciudades de tierra adentro, a las que ha solido cantar con sencillez emocionada, nos brindó este año "Motivos pueblerinos", pequeño y frágil conjunto de notas campesinas que tienen fragancias de égloga. Benavente nos ha dado otras veces canciones de más aliento, más suyas, y por lo mismo, más hondas. La poesía provinciana tiene un remoto origen en los pequeños poemas de Campoamor, y ya está cancelada en España tanto como en América donde un Luis C. López con mucho ingenio y un Evaristo Carriego, con mucho corazón, han dicho poesías perdurables. No obstante, los pueblos están llenos de cosas eternas y un poeta que las sintiera, podía hacer con ellas páginas inmortales. Quizás Benavente logre la posesión de la belleza costumbrista a que aspira en este volumen, pero es justicia dejar contancia que por ahora, no podemos decir la dulce alabanza... Acaso, fuera mejor volver a los antiguos temas que el poeta quitaba de su modesto tirso de rosas para ir enflorando su caminal de ensueño...

Víctor Bonifacino, tras un largo silencio de varios años ha publicado "Las alas de Ariel", libro poético

que perfila luminosas líneas y que la crítica seria del país ha recibido con elogios Bonifacino pertenece a la generación que capitaneó aquel gran señor de la Torre de los Panoramas, — y sus versos de ahora, muy otros de los de aquellos tiempos, han crecido en expansión torácica, — vale decir, en fortaleza y plenitud.

"Las fuerzas eternas", de Enrique Casaravilla Lemos, acusan la formalización de este poeta en la tendencia casi mística de ahondar en el problema metafísico. Es cierto que "el poema en celebración de la primavera" es para nosotros un canto de juvenil hechizo que vale mucho más que toda la sombra misteriosa de las eternas fuerzas, pero el poeta no tiene por qué darnos las satisfacciones que pretendemos, ni nosotros habemos razón de exigencia para con la virtud ajena...

Desde Buenos Aires, donde vive transitoriamente, Enrique M. Amorín, salteño y casi un niño, avalora la producción nacional con el tomo de sus poesías tituladas "Veinte años". Se trata de un libro primerizo que tiene pocos defectos y muchísimas virtudes, hasta el punto de merecer las más altas palmas que la crítica bonaerense ha tributado a un poeta inicial. Amorín es joven de toda juventud, y trae con arrojo un poco de primavera para remozar el mundo. ¡Bien haya quien así tenga amor a las musas y a la mañana!...

Y puede terminarse el año poético con el libro también primigenio de Federico Morador.

"Poesía", se titula simplemente, — y a buena fe que la hay. — Un poco original, — el más original del año sin duda alguna, — logra a veces aciertos formidables que pudieran consolidar su obra si no la desequilibrara repentinamente con algunas piedras vulgares... Empero, no puede negársele vena poética ni impulso renovador, y su libro primero es ya más que un libro de iniciación.

De autores en prosa el año 20 ha sido fecundo. No todos han conquistado las mismas plazas, pero es indudable que con ellos han estado los dioses. Hasta más de veinte obras en prosa podremos citar con nuestro elogio. La novela, casi siempre "la cenicienta" de estos países en consolidación, ha tenido gran impulso este año.

Víctor Pérez Petit y Máximo Sáenz, nos han ofrecido "Entre los pastos" y "Renovación", dos obras de aliento, bien hechas, de color nacional, que obtuvieron fácilmente los premios del concurso anual de "El Plata". Pérez Petit ha tentado múltiples ensayos, en teatro, en verso y en prosa, y pocos, en realidad, tan firmes y tan sólidos como éste.

Máximo Sáenz, en distinto ambiente, ha realizado también una obra que viene a colocarlo de golpe en el catálogo de nuestros formales escritores.

Desde Florencia, — una de las ciudades con alma, como diría Rodó, — Montiel Ballesteros nos envía su libro "Cuentos uruguayos", — que puede reputarse un libro definitivo para el autor y que marca una nueva, pero brillante y segura ruta en la brújula literaria de Montiel. Carlos Reyles y Javier de Viana le han llamado "maestro" en el género: y no olvidemos que cualquiera de los dos, — y en ese género Viana sobre todo, — lo son desde mucho tiempo.

Otto Miguel Cione ha publicado "¡Maula!" y "¡Caraguatá!...", completados con nuevos capítulos, que no desdicen del concepto que tenemos de su pluma. Cione es un escritor estudioso y ameno, no exento de la elegancia que caracteriza a los maestros de su género.

"El cántaro fresco", es el intermezzo en prosa, que la gran poetisa Juana de Ibarbourou ha puesto en su labor lírica. Ingenua y simple, la prosa de este libro

subyuga por su frescura de agua de manantial, propia para llenar el cántaro de una bella moza de pueblo...

Vicente A. Salaverri ha hecho este año la obra más seria de su vida literaria. Con un criterio personal, que es al fin de todo el mismo que me mueve en estas páginas y el mismo que uso en vida, declaro que en "Este era un país", Salaverry alcanza lo que desde hace muchos años no lograba ningún escritor nuestro.

Es cierto que Salaverri ya es un autor uruguayo, pero nunca lo ha sido tanto como con esta novela de positivo aliento, por suerte juzgada sin reticencias, como se lo merece Si sus obras próximas tienen la contextura amplia y la fisonomía clara de "Este era un país", hay que anticiparse a saludar a uno de los primeros novelistas del Uruguay contemporáneo

Horacio Maldonado, con fama de ensayista, contribuyó a la labor intelectual del año con "El sueño de Alonso Quijano"

Wifredo Pi nos dió "El sendero ilusorio", donde recopiló sus abundantes artículos de prosa y crítica.

Santín Carlos Rossi publicó "El criterio fisiológico", libro de ciencia que honra al Uruguay, y que fué recibido como una de esas pocas obras intelectuales destinadas a revolucionar, y lo que es más, a perdurar. Santín Carlos Rossi, poeta, médico, sociólogo, concibió "El criterio fisiológico" como el desarrollo de una humana y científica teoría social que el sueño de su avanzado pensamiento plantea a las sociedades actuales como redención y mejoramiento. El libro de Santín Carlos Rossi es el más grande libro del año.

El maestro Vaz Ferreira nos ha dado "La percepción métrica", y el profesor Antonio M. Grompone un "Curso de Metafísica". Los dos son libros de estudio, cuyo mérito confirma el que tienen sus autores desde la cátedra de filosofía de nuestra Universidad.

Alberto Reyes Thevenet ha agregado a la literatura científica del año su notable libro "La cosmografía y

su enseñanza", donde un idealismo superior hace fácil binomio con una honda erudición científica.

"El molino quemado" de Antonio Soto (Boy), y "Pasar", de Mateo Magariños Solsona, completan el año novelístico, al que cabe con justicia agregar los dos libros "El salvaje" y "Las sacrificadas" de ese extraordinario cuentista salteño que se llama Horacio Quiroga. El pensamiento nacional posee en Quiroga una figura de contornos continentales, que realiza las páginas más definitivas de nuestra literatura.

José María Fernández Saldaña y César Miranda, avaloran los estudios históricos del país con la "Historia de la ciudad y el departamento del Salto", — la más completa monografía que pueda ostentar una región ríoplatense. La historia del Salto es un volumen que puede timbrar de orgullo a su región. Además de estar hecha con un criterio moderno de la historia que presta preferente atención a la marcha de la civilización, este libro acusa patriotismo, imparcialidad partidaria, investigación y generosidad ilimitadas.

Al cerrar este rendimiento de cuentas no puedo olvidar "Primavera", de José P. Bellán, que este año se consagró uno de nuestros primeros dramaturgos con "Dios te salve"; — "Crítica y Arte", de Gustavo Gallinal, ceremoniosa en el estilo y erudita en el pensamiento; —y la versión al italiano de "Tabaré" hecha por Folco Testena, ese singular espíritu itálico que ha hecho nido entre nosotros, y que se ha empeñado en una labor patriótica de tribuna y de periódico, digna de loanza y de reconocimiento.

TELMO MANACORDA.

Notas bibliográficas

Las Sacrificadas.—Horacio Quiroga.—Buenos Aires.—1921.

Ya no es posible confundir la obra de don Horacio Quiroga, como tampoco es justo compararla; pues la calidad de los sujetos que su ingenio evoca y la seguridad de mano con que los desbasta y reduce a líneas esenciales, hacen que el arte de este hombre no consienta semejanzas.

Lo prueba otra vez en "Las Sacrificadas", cuento escénico en cuatro actos, sobre el cual vamos a derramar dobles elogios.

***

Unos porque, examinando esa pieza con relación al teatro ríoplatense, debemos clasificarla, con orgullo patriótico, junto a las muy pocas por las cuales puede decirse que el teatro aborigen existe; ya que la abundante floración de nuestros escenarios, a pesar del favor público evidenciado en pingües balances, no pasa de ser una manifestación regresiva de nuestra civilización, y de ningún modo puede llamársele Teatro.

Otros elogios, porque "Las Sacrificadas", para la literatura general, tiene muy alto mérito. Es el drama hondo y sombrío de unas almas descentradas por cenagosa vorágine; pero que conservan cierta belleza recóndita, una como finura sentimental, conservada inmarcesible, y en la cual finca el mayor esfuerzo emocional del drama.

Es eso y no más; pero, ¡qué perfección!; ¡qué realización maestra para acertar en tan acabado efecto, diseccando almas con técnica simplísima, con lenguaje estricto, limpio de efectismos u ostensibles elegancias, con movimiento escénico reducido a lo indispensable!

***

Barbey d'Aurevilly, hablando de fórmulas, dijo que el arte debía ser un glorioso servidor de la verdad. Exactamente es así el arte de Horacio Quiroga, por su esencia y por su método; pero cuanto más corran los tiempos más se cumplirá la fórmula de Barbey, más glorioso será este servidor de la verdad.—E. S.

El sendero ilusorio.—Por Wifredo Pi.—Montevideo.—1920.

De todas las ramas del arte, la crítica es la que necesita mayor erudición y sagacidad, mayor valor moral, aquella que expone más y en donde se recoge menos. Su cultivo, pues, cuando es hecho conscientemente, revela un espíritu superior y valeroso. Desgraciadamente, dentro de sus fronteras se han cobijado muchos doloridos diletantes de las letras, muchos que han buscado una fácil notoriedad con frenesíes iconoclastas y, lo que es peor aún, el gran rebaño de los cientificistas, aquellos para quienes el buen gusto y la inclinación al análisis no es cosa que nace con la persona, como la elegancia en el vestir o la delicadeza del ademán, sino que se aprende en Salamanca, ciñéndose a tales fórmulas o a cuales reglas de técnica, así como se hacen las pomadas. Dicho sea todo esto sin desconocer la importancia que la educación y el comercio de las ideas tienen como tonificantes de aquellas cualidades naturales y como necesarias para su debida explotación.

Sin embargo, no hay cosa más importante que la crítica, cuando tiene el verdadero sentido de su objeto y no extravasa sus límites lógicos. El placer estético es por esencia instintivo; el hombre se deja impresionar por la belleza como la placa fotográfica por la luz, sin análisis de ninguna especie. En donde empieza el raciocinio desaparece la emoción. Lo primero es sentir la hermosura del paisaje en su efecto integral, desposeído de cualquiera otra preocupación, después el proceso mental, la curiosidad crítica, que nos indique el por qué y el cómo de aquella belleza, fruto de tal contraste de colores o de cual equilibrio perfecto en las cosas. Así creemos que el exégeta literario debe colocarse frente a una obra, dejándose impresionar como un hombre cualquiera, confiado en la selección de sus sentidos, olvidando su papel de Aristarco y luego, en frío, averiguar el por qué de sus sensaciones. De este modo se acostumbrará a despreciar el detalle, la arista, en homenaje al conjunto, al núcleo.

El mal crítico hace lo contrario. Hijo de la erudición y el desvelo cultural puro, se ha construído moldes herméticos y frente a una manifestación artística, no se abre para sentirla, sino se encoge para averiguar si puede ser bella, es decir, si no infringe ciertos conceptos de retórica o ciertas reglas gramaticales que considera fundamentalmente inviolables. De este modo la crítica resulta no sólo un simple menester de apoticario, sino profundamente nociva porque conspira contra la esencia del arte, la libertad, y porque tiende a destruir la iniciativa y la necesidad de renovación.

Por esto mismo tributamos un cálido aplauso a esta nueva obra de Wifredo Pi, en la cual reafirma, de modo vigoroso, bellas aptitudes reveladas en libros anteriores y en las páginas de esta revista. El autor ha entendido el verdadero sentido de la crítica: revelar, subrayar valores, analizar con espíritu amplio y ecléctico, libre de prejuicios y herme[illegible]mos dogmáticos, y lo hace con estilo, utilizando una prosa pulcra y sonora que se lee con facilidad y deleite.

No puede hablarse todavía de obra suficiente para consagrar un nombre de modo definitivo; pero en muchos de sus capítulos, sobre todo en el que consagra a Nietzsche y Dostoyeski, se revela la garra del crítico capaz de orientarse con criterio propio y profundizar el análisis hasta abordar cuestiones fundamentales del arte.

Es lástima que el autor no haya empleado más su talento en juzgar nuestros valores literarios o nuestros problemas sociológicos, hecho tanto más inexplicable cuanto que nuestro medio ofrece abundantes y muy nobles materiales para el exégeta; pero con todo, "El sendero ilusorio" representa un bello esfuerzo de alta crítica, y no es necesario ser muy lince—sobre todo conociendo su juventud y su amor por las cosas del espíritu—para augurarle a su autor un puesto prominente dentro de nuestra literatura.—**J. M. D.**

El Caminante.—Novela por Héctor Olivera Lavié.—Cooperativa Buenos Aires.—1920.

Los prologuistas hacen un flaco servicio, por lo común, a los autores de novelas, pues si hay algún género que no consiente preámbulos—¡como que casi todo el efecto se espera de la acción!—es la novela. Admitimos el proemio hasta en los volúmenes de cuentos, donde se ha de aludir al valor del conjunto, sin entrar en pormenores sobre los asuntos tratados. Pero insistimos: en las novelas no.

Para justificar las precedentes afirmaciones, no tendríamos sino que referir lo que nos ha sucedido con "El Caminante", de Héctor Olivera Lavié. Mariano A. Barrenechea nos advierte al principio, que Olivera sigue a este y aquel escritor. Y critica lo que supone extralimitaciones del novelista, ciertos capítulos que él estima crudos y que, en una segunda edición, a su juicio, desaparecerán. ¡Qué pasa!... Que nosotros, lectores confiados, empezamos a leer la obra con preocupación, temiendo—¡o deseando!—que lleguen esas escenas que suponemos licenciosas, o por lo menos, de un suculentamente erótico realismo.

Y sucede que el libro concluye—leído con más avidez de la que fuera preciso—y no hallamos aquellas minucias "detonantes" que debieron escandalizar un poco a Barrenechea. Cierto que hay un lenocinio y el protagonista de Olivera Lavié se encierra en un altillo, con una muchacha que se desnuda frente a la luz agria que entra por la ventana.

Mas, como aquella cópula de "El árbol de la ciencia"—y ya está dicho el entronque de Olivera Lavié con Baroja—lejos de excitarnos el episodio, nos deja con una languidez muy casta. ¿Nos explicamos?

Por lo demás, no hace falta hablar de Stendhal para referirse a "El Caminante", pues las influencias realmente ostensibles—netas y precisas—de esta novela, hay que buscarlas en los libros de Pío Baroja. En aquello realmente un fenómeno de identificación. (Decíamos que con esta y otras afirmaciones no divagaran los exé-

ritus malignos). Para que resulte una imitación tan típica como la de Olivera Lavié, hace falta que haya gran semejanza espiritual—y hasta de organización craneana—entre maestro y discípulo.

Porque es forma y esencia. Dijérase que Baroja vino al Río de la Plata e hizo esa novela apresurada—¡como todas las suyas!—de arquitectura deficiente, compuesta con breves capítulos inconexos escritos a su vez en una forma esquemática, pero que, en conjunto, da una magnífica sensación de verdad.

Porque el protagonista, débil, abúlico, con aquella enfermedad del autoanálisis (que, entre paréntesis, es lo que le quita la fuerza: Pizarro conquistó el Perú porque no miraba otra cosa que el punto lejano hacia el cual se dirigía), ese profagonista, repetimos, está sacado de la vida y nos produce el efecto que una persona desventurada, a la cual tratamos, nos produciría.

Con Olivera Lavié, las letras rioplatenses tienen la promesa de un novelista de mucha garra, frío, analítico, cruel, que no acierta con las descripciones líricas, pero que conturbará al desnudarnos—como se desnuda la hetaira de su narración—las almas.—**V. A. S.**

Poemas.—Por Carlos Obligado.—Ediciones Virtus.—Buenos Aires.—1920.

Fuera de un canto a la "Paternidad", de un soneto al "Perro" y de una traducción de "En Villequier", de Hugo,—que casi lo salvan todo,—este libro de Carlos Obligado nos da la impresión de un dominio rítmico carente de vida, como si fuera un ramo de flores sin perfume...

Se trata de versos que no emocionan, de versos sin llama, de versos que el alma no interpreta. Dijérase que nos encontramos ante un espectáculo sin interés...

El verso es un hilo de oro, de seda, de acero o de agua, que la araña de un vivo anhelo va tejiendo dentro de nosotros,—y que tiembla de puro sentimiento o de pura belleza cada vez que en él posamos los ojos o renovamos el recuerdo,—de la misma y dulce manera que la tela sutil urdida por la hiladora tiembla de sol en los brazos de los árboles y en los huecos de los muros...

No de otro modo habrá de ser el verso, ni de otro modo lo entendieron nunca todos los poetas que en el mundo han sido. De ahí, pues, que los poemas de Carlos Obligado, hechos con amor a la hermosura y dominio de la métrica, pero sin posesión de la honda y alta poesía que caracteriza las verdaderas obras poéticas, de acuerdo y a la hechura del símil de la tela de araña que citamos, no lleguen a conmover más que un esfuerzo sin fortuna, loable como esfuerzo solamente...

La poesía requiere mayores dones personales, exige virtudes propias: pide, por ejemplo, un corazón ardido de música y de sueño, un corazón que haga rimas con el vivo anhelo de la araña que se envuelve en su hilo, un corazón anegado de luz o inflamadb de ardor, o deshecho en lágrimas, pero que sepa expresar con encantado acento y colorido mágico la voz interior que está en el alma como en la flauta el són...—**T. M.**

Aurora.—Juan Stefanich.—Asunción del Paraguay.—1920.

Si este libro no trajera en su carátula un apellido justamente bien considerado en las letras americanas, y si no expresara el nombre de la ciudad donde vió la luz, nunca acertáramos nosotros con su escenario, nunca lo creyéramos venido de aquella tierra colocada como una entraña preciosa en privilegiado lugar del continente. Y porque a esa novela se atribuye carácter "nacional" destacamos eso, pues se nos ocurre imprescindible mover en ambiente definido los héroes de una novela de tal clase.

Como también se nos ocurre que el carácter de esos héroes no ha de presentar jamás la errátil inconsistencia de los que mueve el señor Stefanich.

Una novela de ese género tiene obligación concreta de fijar cierta porción del vivir de un pueblo; y ello no se logra revistiendo los modelos con túnicas de desvanecido romanticismo, ni paseándolos por un escenario de desleída inquietud.

***

Un drama de amor en horas de esas revoluciones habituales en nuestras jóvenes democracias, constituye el argumento de "Aurora", y justo es decir que ni el primero es bastante para esqueleto de la envoltura histórica, ni esta envoltura merecía libro de tanta extensión para lograr forma imperecedera.

No decimos lo último negando importancia a los hechos tristes que el señor Stefanich fijó en sus páginas; pero esa importancia es muy relativa, pues si se examina pensando bien que en la evolución de los pueblos es imposible evitar etapas de inseguridad y de anarquía (cosa bien comprobada en esta Américas), resulta clara nuestra afirmación de que para tales acontecimientos son muy holgadas las dimensiones de esa novela.

***

Tal vez fuimos mal acostumbrados, en este género de lecturas, por Acevedo Díaz, quien fijó nuestra epopeya en su serie de novelas nacionales; pero de tal manera, que se ll a deseamos al Paraguay, la querida tierra hermana, cuya levadura viril resistió a sus desventuras, y cuya ascensión moral e intelectual ofrece al cincel de la historia aristas más definidas que las q que el señor Stefanich ha querido modelar.—**E. S.**

Progres et ordre, ensayo de síntesis histórica, por Henri Deuil.—París.—1920.

De esta obra se hizo una gran tirada, según creemos, con el propósito de que, no obstante estar escrita en francés, circulara profusamente en el Nuevo Continente. El autor se la dedica a la América Latina, entendiendo que ella tiene una clara visión de su verdadero destino histórico. Nosotros hemos empezado a hojear este libro con enorme expectativa. Según el editor de "Progres et ordre", el nada exiguo volumen "es la solución del angustioso problema del orden mundial" y "proyecta radiante luz sobre la misión redentora de la mujer, presagiando su triunfo en la sociedad de mañana". Supusimos la obra de palpitante actualidad, gigantesca realmente. ¿Qué contribución al estudio de los grandes problemas sociales no tendría? El desencanto fué hondo. Para Henri Deuil, el mundo es una vasta circunferencia, cuyo centro es Jesucristo. Luego, en torno a su pupila expectante, más o menos lejos, hállase todo lo demás: el bien, el mal, el amor, el trabajo, la ambición, la justicia... Hemos cerrado el libro con manifiesta contrariedad, tras de descubrir el gráfico donde el ojo de Dios viene a ser como el sol, dentro del sistema planetario. Hay que creer una de estas dos cosas, viendo convulsionado al mundo: o que nadie mirá con justicia desde el cielo, o que el ojo de Dios está con cataratas.—**V. A. S.**

Evangelina.—Por Henri W. Longfellow.—"El Convivio".—Costa Rica.—1919.

El autor de esta obra, que nos llega traducida para "El Convivio", hace muchos años que no existe. "Ya no mirará más—decía José Martí, a raíz de su muerte—desde los cristales de su ventana, los niños que jugaban, las hojas que revoloteaban y caían, los copos de nieve que fingían en el aire danza jovial de mariposas blancas".

Este modo romántico de recordar a Longfellow nos dice ya lo que el autor de "Evangelina" fué: un romántico, que escribiera bajo la sugestión de "Germán y Dorotea" y otras obras igualmente dolorosas de Goethe. "Evangelina" presenta la América del Norte, a raíz de su colonización por los ingleses. Se trata de lo que hoy es Nueva Gales. La guerra entre ingleses y franceses da mérito a la novelita de Longfellow, que, posiblemente, fué historia. Es tierna, sobremanera sentimental. El cubano Juan H. Dihigo la ha traducido cumeradamente.—**V. A. S.**